

El canal del axolotl*

Para Aurora Bernárdez, que tanto sabe del axolotl

Por los periódicos nos enteramos hace algún tiempo un grupo de amigos madrileños de que en una pequeña ciudad de Virginia (Estados Unidos) unos promotores locales habían creado un canal de televisión privado que en un principio, y mientras se elaboraba una parrilla de emisiones variadas al modo tradicional, funcionaba de la manera más sencilla y aparentemente monótona. En efecto, la única emisión consistía en una toma de vistas fija en la que aparecía un bonito acuario poblado por diversos peces de colores que se desplazaban lenta y tranquilamente a lo largo y ancho de su acuático entorno. El inmóvil espectáculo duraba todo el tiempo de emisión, es decir varias horas, especialmente durante la comida del mediodía y al final de la jornada.

Las cosas continuaron así mientras iban llegando las suscripciones al canal, hasta que, elaborada ya la nueva programación e instalados los medios técnicos indispensables, éste emprendió su andadura normal al modo de las demás emisoras, con varias emisiones de información y de entretenimiento, suprimiendo, como es natural, el omnipresente acuario que hasta entonces había servido algo así como de aperitivo o, técnicamente, de carta de ajuste. Nunca lo hicieran. Inmediatamente cayó sobre las oficinas de la emisora una avalancha de cartas y telegramas de abonados que protestaban airadamente porque les habían quitado su acuario y sus peces de colores: no querían otra cosa. Todos afirmaban que se sentían relajados y felices contemplando, tras el vacuo y extenuante tráfago de su jornada, las evoluciones de los peces, que en realidad apenas se movían, por su glauco medio acuoso.

Incitados por este curioso ejemplo virginiano, un grupo de madrileños enemigos de la televisión convencional, pero amigos de la televisión relajante y pacificadora, dimos en imaginar un proyecto semejante pero dirigido

* Del libro *Conversación con Azulejo*, de próxima publicación.

particularmente a los televidentes con inclinaciones poético-literarias. El proyecto está ya en marcha en un par de barrios de esta que antes era clara villa de Madrid (ahora es un pestilente lodazal de coches que está volviendo neurasténicos y asmáticos a la mayoría de sus habitantes) y los promotores esperamos poder ampliarlo a otros barrios, por desgracia sólo a los burgueses o de clase media, que es donde suelen morar los ciudadanos con aficiones poético-literarias, dado que en los barrios pobres, suburbios y ciudades-dormitorio bastante tiene la gente con tratar de recobrar el aliento tras una durísima jornada de trabajo o, lo que es todavía peor, de paro. Aunque, a decir verdad, nuestra esperanza es lograr que también un día, por lejano que sea, esos sectores sociales «subprivilegiados» (según la divina expresión de los ideólogos-botafumeiros de lo establecido) puedan disfrutar de esta televisión gozosamente relajante que nuestro grupo filantrópicamente ofrece *urbi et orbi* y pasen de la teletontaina esa que es su embrutecedor opio del pueblo.

Hemos bautizado a nuestro televisivo proyecto con el nombre de «Canal del Axolotl». Hubiéramos podido decir también «del Ajolote», pero la primera apelación, que es una palabra náhuatl, resulta más exótica y, a mayor abundamiento, es la que utilizó nuestro amigo Julio para designarse a sí mismo cuando la famosa transmutación aquella. Y voy a explicarme, porque el posible interesado estará preguntándose en qué consiste en definitiva nuestro invento y diciéndose que ya está bien de preliminares.

Bueno, pues es de lo más sencillo. A cualquiera se le hubiese podido ocurrir. La idea de partida es la misma que la de los inventores del efímero aperitivo o carta de ajuste del canal virginiano: un acuario. Un acuario y nada más que un acuario. Como escenario y decorado, se entiende. Un acuario desde luego bastante grande, diez o doce veces más espacioso que una pecera doméstica de tipo tradicional. Bien instalado en medio de una sala, sobre un zócalo de tierra de jardín, con flores y varios arbustos pequeños (nada de bonsáis, no, esa blasfemia anticológica) en torno. Dentro del acuario, bellamente iluminado con focos multicolores, varias plantas acuáticas, nenúfares y lotos en la superficie y tres o cuatro tipos de algas en el fondo, más cinco pequeños corales estratégicamente repartidos.

Este es el escenario. Bonito, mejor decir bello: no cabe duda. Pero hasta aquí nuestro invento no añade gran cosa al virginiano: quizá solamente un toque de estetismo. La originalidad del nuestro se sitúa más allá del escenario. Nuestra creo que ingeniosa e imaginativa solución giró en torno, no al escenario, sino al personaje que debía moverse en él para deleite y solaz de los televidentes abonados al canal. Naturalmente y como era de cajón, en el acuario, una vez bellamente adornado e iluminado, había que instalar peces. Pero ¿qué peces? Cuando llegó ese momento de desarrollo intelectual

de nuestro proyecto televisivo, uno de nosotros (no diré su nombre porque hemos convenido en que el proyecto es innominado y colectivo; precisaré sólo que es un poeta larguirucho y a menudo insomne) tuvo una idea de genio. «¿Qué peces?, dijo. Nada de peces. Un pez.» «¿Y qué pez, poeta?», le preguntamos intrigados. «Un axolotl», contestó rotundo. Pero en seguida rectificó: «No, un axolotl no; *el* axolotl.» Todos, o casi todos, los promotores, reunidos para la ocasión en casa del poeta larguirucho, habíamos sido amigos de Julio, le habíamos conocido de cerca y seguíamos, al cabo de tantos años de su muerte, leyéndole con ardor y vivísimo deleite. Así que no tuvimos necesidad de más explicaciones. Comprendimos y aplaudimos entusiasmados la idea de nuestro anfitrión y amigo. Sí, había que traer al axolotl, traerlo de París e instalarlo en el acuario.

Sabíamos, acabo de decirlo, que Julio había tomado silenciosamente el portante de este mundo hacía diez años. Pero algunos —y yo particularmente por residir en París— sabíamos además que el axolotl de Julio seguía viviendo tan campante en su pecera del Jardin des Plantes parisien-se. Lo que no tiene nada de particular si se recuerda que esta curiosa larva de un anfibio urodelo, semejante a un renacuajo pero mucho más larga, tiene cierta esotérica fama de ser inmortal o, por lo menos, de ser un auténtico Matusalén del mundo ictiológico. La solución era pues de cajón, yo diría más bien, para el caso, de pecera: ir al Jardin des Plantes, apoderarse del axolotl y transportarlo a Madrid. Seguro que no opondría la menor resistencia en cuanto supiera lo que intentábamos hacer con él. Al fin y al cabo, trasladarse a Madrid para continuar su pacífico vivir acuático en un medio lingüístico castellano no podía sino serle agradable. Era de imaginar que estaba un poco hasta la coronilla (es decir, en su caso hasta las branquias) de oír siempre hablar a sus visitantes en francés —sobre todo—, inglés o alemán (españoles o latinoamericanos van pocos por allí, salvo los forofos de Julio). Y él podría hablar (si es que de verdad hablaba) a quienes le visitaran en Madrid en su español rioplatense, con sus erres arrastradas.

Dicho y hecho. Dada mi residencia, yo mismo me propuse para la faena de la captura (más bien toma de posesión, tratándose de una criatura presumiblemente consintiente) y posterior traslado. Así lo hice. Confieso que sin gran dificultad y sin ningún remordimiento legal. Me planté —nunca mejor dicho— en el Jardin des Plantes y me fui derecho al acuario donde unos cuarenta años antes se había operado la prodigiosa transmutación. Allí estaba, en su pecera de siempre, el axolotl Julio. Le llamo ahora así y no axolotl de Julio como antes porque, como bien sabemos los julistas, no es que perteneciera a Julio, es que era Julio, según él mismo lo dejó dicho con hermosas palabras. Le expliqué lo que me proponía hacer en voz muy

baja —para que quienes por allí deambulaban, y en particular los guardianes, no creyeran que estaba loco—. Caracoleó la criaturita un instante en su medio acuoso en señal de asentimiento, acercando lo más posible su boca abierta al cristal como si quisiera tal vez pronunciar algunas palabras que de todos modos me era imposible entender (soy bastante sordo). Y yo, sin más ceremonias, tras echar un vistazo en derredor y comprobar que no había moros en la costa (perdón, nada de moros, que es expresión racista), metí la mano en su pequeño acuario abierto por arriba, lo cogí suavemente con la mano sin que él se moviera ni un ápice y en un abrir y cerrar de ojos lo trasladé a una bolsa de plástico con agua que llevaba preparada bajo la gabardina. Y así es como el axolotl Julio, tras un breve viaje en avión, se convirtió en estrella única de nuestro novísimo canal de televisión, donde estoy seguro de que lo pasa en grande a juzgar por la vivacidad que ahora muestra y las señas telepáticas que nos envía a sus amigos, a las que nos es gratisísimo contestar con las más rendidas zalemas de admiración.

Inmediatamente empezamos a ensayar nuestro Canal del Axolotl, primero en circuito cerrado, luego en un circuito por cable (creo que poco legal, pero la filantropía está para nosotros por encima de la ley) que alcanza ya al domicilio de todos los promotores y de algunos amigos que se nos han unido posteriormente, y bien contentos que están ahora de haberlo hecho. En mi caso, como vivo regularmente en París, tengo que contentarme con las grabaciones vídeo que me envían de cuando en cuando desde Madrid y con las emisiones en directo que recibo en mis visitas a la hoy pestilente Villa y Corte, visitas cada vez más escasas, ¡ay!, porque mis bronquios y mi equilibrio psíquico se revuelven airados contra mí en cuanto los desembarco en Barajas o en Chamartín.

El lector avisado habrá comprendido ya en qué consisten nuestras emisiones. Porque más sencillas no pueden ser. Una sola cámara, siempre inmóvil, enfoca el acuario donde se halla el axolotl Julio, de día y de noche, laborables y festivos y hasta en vacaciones de verano, cuando todo cristo se va como loco de su domicilio a pasarlo mal en cualquier tostadero mediterráneo. En la imagen que vemos los televidentes, siempre la misma salvo un zoom de aproximación que se produce automáticamente cada media hora para evitar una posible monotonía, aparece el hermoso acuario ya descrito y, en medio de él, el axolotl moviéndose a su guisa, no mucho a decir verdad (es un pez inteligentísimo pero poco caracolero, menos incluso que en su previda humana). Julio o Julito, como le llamamos familiarmente, no come, o apenas. Yo creo que se limita a alimentarse de luz, y eso no le falta, claro. Lo único que parece aceptar con agrado de nosotros —los demás alimentos los desdeña— es un pequeño botecito